

que parezcan, combate con una firmeza invencible los hereges de su tiempo, que aseguraban saber solos el verdadero sentido de la Escritura; y al mismo tiempo declama y confunde la horrible impiedad de los que niegan la existencia de Dios. Sobre todo los combate en la apología de Raimundo de Sebonde; y hallándolos voluntariamente despojados de toda revelación, y entregados á su razón natural, los apostrofa con vehemencia y les pregunta con que autoridad osan juzgar al Ser Supremo, infinito por esencia, cuando no conocen verdaderamente ninguna de las menores cosas de la naturaleza. Les pregunta en que principios se apoyan; examina todo lo que pueden decir; y por el talento en que sobresale penetra tan profundamente, que hace patente la vanidad de los que pasan por mas firmes é ilustrados. Pregunta si el alma conoce algo; si se conoce á sí misma; si es sustancia ó accidente, cuerpo ó espíritu; lo que significa cada uno de estos términos; si todo lo existente pertenece á estos órdenes; si el alma sabe lo que es su propio cuerpo; si sabe lo que es la materia; si es materia como puede pensar, y si es espíritu como puede estar unida al cuerpo y experimentar las pasiones. ¿Cuándo ha empezado á existir? ¿Acaba con el cuerpo á no? ¿es susceptible de engañarse? ¿Conoce cuando yerra? Puesto que la esencia del error consiste en ignorarse á sí mismo. Pregunta tambien si los animales piensan y hablan; lo que es el *tiempo*, *espacio*, *estension*, *movimiento*, *unidad*, todas cosas que nos rodean y enteramente inesplicables; lo que es la salud, enfermedad, muerte, vida, bien, mal,

justicia, pecado, de que á cada momento hablamos; si tenemos en nosotros mismos principios de verdad; y si lo que creemos y llamamos axiomas á nociones comunes á todos los hombres, son conformes á la verdad esencial. Puesto que solo por la santa fe sabemos que un Ser infinitamente bueno nos las ha dado verdaderas, habiéndonos criado para conocer la verdad, quien puede saber, fuera de esta fe, si siendo formados por la casualidad, no son inciertas nuestras nociones, ó si, formados por un ser falso y perverso, son falaces para efectuar nuestra pérdida? Por lo que demuestra que Dios y la verdad son inseparables, y que no se puede negar la existencia de Dios sin negar la de la verdad y viceversa. ¿Quien sabe si el sentido comun, que generalmente se adopta por juez de la verdad, ha sido destinado á esta función por el que lo crió? ¿Quien sabe lo que es verdad? ¿Y como podemos estar seguros de ella sin conocerla? ¿Quien sabe siquiera lo que es un ser, siendo imposible de definir, no habiendo nada mas general, y siendo necesario para explicarlo servirse del mismo ser, diciendo, es tal ó tal cosa? No sabiendo lo que es *alma*, *cuerpo*, *espacio*, *movimiento*, *verdad*, *bien*, ni aun siquiera lo que es *ser*, ni explicar la idea que de él nos formamos, ¿como nos aseguraremos que esta es la misma en todos los hombres? Nuestra sola prueba la sacamos de la uniformidad de consecuencias, que no siempre arguye la de los principios; pues estos pueden ser muy diferentes y conducir no obstante á las mismas conclusiones, sabiendo todo el mundo que muchas veces lo verdadero se concluye de lo falso.



En fin, Montaigne examina profundamente las ciencias, la geometría, entre otras, de la que procura demostrar la incertidumbre por los axiomas, y términos que no define, tales como la *estension*, *movimiento*, etc.; la física y la medicina que deprime de diversas maneras; la historia, la política, la moral, la jurisprudencia, etc. De manera que, según él, sin la revelación, podemos creer que la vida es un sueño del que solo nos despertamos á la hora de la muerte, y durante el cual los principios de la verdad residen en nosotros como en lo que propiamente denominamos sueño. De esta manera sofrena con tanta aspereza y crueldad la razón destituida de fe, que haciéndole dudar si es ó no racional, y si los animales lo son ó no en mas ó menos grado que el hombre, la hace bajar de la escelencia que se atribuye, y la nivela con los brutos, sin permitirle salir de este orden, hasta que de su Criador mismo le venga noticia del rango que ocupa: amenazándola, si no está contenta, de hacerla bajar aun mas, lo que le parece tan fácil como lo contrario; dejándola obrar solamente para reconocer su flaqueza con una humildad sincera, en lugar de hincharse por una necia vanidad. No puede menos de verse con satisfacción en este autor, la orgullosa razón herida y estropeada tan invenciblemente por sus propias armas, tan duramente abatida y despedazándose á sí misma; y venerable nos parecería el ministro de tan solemne venganza, si, humilde discípulo de la Iglesia por la fe, hubiese seguido la moral evangélica, conduciendo los hombres, que tan útilmente había humillado, á no irritar por

nuevos crímenes á aquel que solo puede sacarlos de aquellos que les ha convencido de no poder conocer siquiera; pero al contrario sumorales pagana como se echa de ver por lo que sigue:

De este principio, que fuera de la fe todo es incertidumbre, y considerando por cuanto tiempo se busca infructuosamente la verdad y felicidad, concluye que este cuidado debe dejarse á otros, y permanecer tranquilo, pasando ligeramente sobre estos asuntos, por temor de sumergirnos en ellos por poco que nos apoyemos, y recibir el bien y lo verdadero á la primera vista, sin examinarlo muy de cerca, porque son tan poco sólidos que por poco que los apretamos en la mano, se escapan entre los dedos y la dejan vacía. Sigue por consiguiente lo que le dictan sus sentidos y las nociones comunes, porque para desmentirlos sería preciso hacerse violencia, y no sabe si ganaría en la empresa, ignorando donde lo verdadero existe. Por el mismo motivo y por no resistir á su instinto que le empuja, procura evitar el dolor y la muerte, pero teme fiarse demasiado á estos movimientos, y no osa concluir que sean males reales: pues que también se siente movimientos de placer que se acusan de ser malos, aunque la naturaleza, dice, habla al contrario. « Así, prosigue, mi conducta no es por ningún título extravagante; procedo como los demás; y todo lo que los demás hacen creyendo seguir el bien, yo lo hago por otro principio, que es que siendo por ambos igual la probabilidad, el ejemplo y la comodidad son el contrapeso que me arrastran. » Sigue las costumbres de su país, porque la cos-



tumbre lo arrastra; monta á caballo porque el animal lo permite, pero sin creer que tenga derecho á ello: al contrario ignora si este animal tiene el de servirse de él. La misma violencia se hace para evitar ciertos vicios; guarda fidelidad al matrimonio á causa de las penas que siguen los desórdenes, siendo en todo su regla la tranquilidad y comodidad. No aprueba de ninguna manera aquella virtud estóica que se representa con un semblante severo, una mirada feroz, los cabellos erizados, la frente arrugada y bañada en sudor, en una postura penosa, lejos de los hombres, en un tétrico silencio, y sola en lo empinado de una roca: fantasma, dice Montaigne, capaz de meter miedo á los chiquillos, y cuyo solo afán, pero sin fruto, es buscar un reposo que jamas logra; en lugar que la suya es franca, familiar, festiva, amena, y, por decirlo así, jugetona; sigue lo que le atrae, y se chancea con descuido sobre los buenos y malos accidentes, en medio de una tranquila ociosidad, añadiendo que la ignorancia y falta de curiosidad son las almohadas para una cabeza bien hecha.

Cuando se lee á Montaigne y se le compara con Epitecto, no se puede negar que ambos eran los mayores defensores de las dos sectas mas célebres del mundo infiel, y los solos, entre los hombres destituidos de la luz de la religion, que en alguna manera hayan tenido trabazon y consecuencia en sus ideas. En efecto, sin la revelacion, ¿que se puede menos de hacer que seguir uno ú otro de estos dos sistemas? El primero: hay un Dios, luego él es quien ha criado al hombre; para sí lo ha criado; lo

ha criado tal como debe ser para ser justo y llegar á ser dichoso: luego el hombre puede llegar á conocer la verdad, y la sabiduria puede conducirlo á conocer al mismo Dios, que es su soberano bien. El segundo: el hombre no puede elevarse á Dios, sus inclinaciones contradicen la ley; su tendencia lo arrastra á buscar el contento en los bienes visibles, y aun en las cosas mas torpes y vergonzosas. Todo parece incierto, y el verdadero bien tambien lo es: lo que nos conduce á no tener regla fija para nuestras costumbres, ni certitud para las ciencias.

Hay un placer estremo en observar, en razonamientos tan diversos, que unos y otros han llegado á apercibir algo de la verdad que intentaban reconocer, pues, si hay placer en considerar en la naturaleza el deseo que tiene de pintar á Dios en todas sus obras en que las que se ven algunos caracteres de la Divinidad, pues de Dios proceden, cuanto mas justo es considerar en las producciones incorpóreas los esfuerzos de los espíritus para llegar á la verdad, observar hasta qué punto llegan y hasta qué punto se apartan de ella. Tal es la principal utilidad que debe dimanar de esta lectura.

En mi concepto el origen de los errores de Epitecto por un lado, y de los de Montaigne y de los pirrónicos y epicúreos de otro, es haber ignorado que el hombre, en el estado actual, difiere de la creacion. Unos, observando algunos restos de su grandeza primera, é ignorando su corrupcion, han tratado la naturaleza como sana y sin necesidad de



reparador; lo que los conduce al colmo del orgullo. Otros, experimentando su presente miseria, é ignorando su primera dignidad, tratan la naturaleza como necesariamente enferma é irreparable, lo que los hace desesperar de llegar al verdadero bien, y los sumerge en un vil desaliento. Estos dos estados, que era necesario conocer juntos para conocer toda la verdad, conocidos separadamente, conducen á uno de estos vicios: al orgullo, ó á la pereza, vicios en que antes de la gracia estaba el género humano sumergido; pues ó por desaliento y pereza no salian de sus desórdenes, ó solo salian por vanidad, siendo siempre esclavos de los espíritus infernales, á los que, como observa san Agustin, han sacrificado de muchas maneras.

De estas luces imperfectas procede que los unos conociendo la impotencia, y no el deber se abaten en la desidia; y que los otros conociendo el deber, sin conocer la impotencia, se hinchan de orgullo. Tal vez habrá quien crea que combinándolos resultaria una moral perfecta: mas en lugar de paz resultaria de su combinacion una guerra y destruccion general; pues los unos estableciendo la duda y los otros la certidumbre, los unos la grandeza, los otros la flaqueza, no pueden de manera alguna unirse y reconciliarse; no pueden ni subsistir solos á causa de sus defectos, ni unirse á causa de la contrariedad de sus opiniones.

Mas deben romperse y aniquilarse, para hacer lugar á la revelacion, que sola, y por un arte divino, puede reconciliar las contrariedades mas marcadas.

Uniendo todo lo que es verdadero y repeliendo todo lo falso, solo la revelacion enseña con una sabiduría divina el punto en que concuerdan los principios opuestos, que parecen incompatibles en las doctrinas meramente humanas. La razon es la siguiente: los sabios mundanos han colocado la contradiccion en un mismo punto; el uno atribuia la fuerza á la naturaleza, el otro la debilidad á esta misma naturaleza; lo que no puede absolutamente admitirse, en lugar que la fe nos enseña á ponerlas en objetos diferentes; toda la flaqueza y miseria pertenecen al hombre, todo el poder al socorro de Dios. Tal es la union nueva y admirable que solo un Dios podia enseñar, que solo un Dios podia verificar, y que es una imagen y un efecto de la union inefable de las dos naturalezas en las personas del Hombre-Dios. De esta manera la filosofia conduce insensiblemente á la teología, en la cual es difícil de no entrar, sea cual fuere la verdad que se trate, pues es el centro de todas las verdades, como visiblemente se ve por lo espuesto que tan perfectamente contiene lo verdadero de dos opiniones tan contrarias. Así, no hay motivo alguno que impida adherirse á ella á las dos sectas mencionadas. Si se trata de la grandeza del hombre, ¿qué pueden haber imaginado que no ceda á las promesas del Evangelio, que son nada menos que el digno precio de la muerte de un Dios? Y si se complacen en ver la miseria de nuestra naturaleza, su idea no puede igualar á la idea de la flaqueza y hediondez del pecado del que ha sido remedio la misma muerte. Cada partido encuentra mas de lo que desea; y, lo



que es admirable, halla una armonía y union sólida; cuando no podian siquiera imaginarla en un grado infinitamente inferior.

En general los cristianos necesitan poco esas lecturas filosóficas. No obstante Epitecto tiene un arte admirable para turbar el reposo de lo que solo buscan las cosas exteriores, y para forzarlos á reconocer que son verdaderos esclavos y míseros ciegos, y que á menos que se entreguen á Dios les es imposible evitar el error y el dolor que buscan. Montaigne es incomparable para confundir el orgullo de los que, sin fe, blasonan de justicia; para desengañar á los que se fijan en su opinion, y que creen hallar en las ciencias verdades seguras prescindiendo de la existencia y perfecciones de Dios; como tambien para convencer á la razon de su flaqueza y extravíos de tal modo, que es difícil despues atreverse á negar los misterios, por las repugnancias que se alega; pues de tal modo queda vencido el entendimiento, que no le quedan ganas de osar averiguar si son verdaderos ó no los misterios; como desgraciadamente lo hacen los hombres escasos de religion. Mas Epitecto, combatiendo la pereza conduce al orgullo y podria ser nocivo á los que no esten persuadidos de la corrupcion de toda justicia que no dimana de la fe. Montaigne es tambien pernicioso, para aquellas personas que tienen tendencia á la impiedad y libertinage. Ciertamente ni uno ni otro pueden dar la virtud, pero pueden hasta cierto punto perturbar y confundir al vicio, pues el hombre combatido por los contrarios, de los cuales el uno ahuyenta el orgullo, y el otro la

pereza no puede ni huir ni reposarse en ninguno de estos vicios.

NOTA IV, pág. 473.

A lo que espone el P. Almeida, hemos pensado conveniente añadir las siguientes reflexiones relativas al crédito que debe prestarse al testimonio humano, considerado principalmente bajo el aspecto histórico.

Estas son, en nuestro concepto, las ocasiones en que se debe creer la palabra humana :

En primer lugar cuando consta que el testigo ha visto la verdad, de lo cual nos aseguramos cuando estamos convencidos de que ha podido y ha querido verla; que ha querido, esto es que la ha considerado de buena fe, sin prevencion, sin subterfugio, y con toda la diligencia de un corazon sincero y desinteresado; que ha podido, esto es, que ademas de sus escelentes disposiciones, sus luces y recursos de inteligencia, le han abastecido de la instruccion conveniente para comprenderla sin error.

No mereceria nuestra confianza si se le pudiese tachar de falta de aptitud intelectual ó fuese sospechosa su intencion y rectitud. Cualquiera de estos defectos aislados minarian considerablemente su crédito; juntos lo arruinarian completamente, pues seria imposible prestar la menor creencia á un hombre convencido de no tener respeto ni recursos para la verdad.



Mas no basta al testigo tener la verdad en sí mismo ; la verdad debe llegar á constar á los otros tanto como á él mismo ; debiendo comunicarla tal como en su conciencia la posee y decirla tal como la sabe. Lo contrario, esto es, si no la comunica lealmente, procede, 1º porque no quiere, 2º porque no puede, siendo el poder y la voluntad tan necesarios para trasmitir lo verdad como para poseerla.

Antes de admitir sus afirmaciones , será preciso examinar si sus espresiones llevan el sello de la veracidad ; si no están torcidas de su sentido natural, alteradas y sofisticadas por la mentira y mala fe ; observando al mismo tiempo, si de tal modo doméñan el idioma que lo conforme segun su deseo á las ideas que espresa , sin dar á entender á pesar suyo su designio de ser verídico. Lo esencial, sin duda, es que no tenga ningun mal motivo de abusar con conciencia de las palabras que usa, y esto es lo primero que se debe hacer constar. Pero tampoco debe olvidarse el otro punto : pues no es raro que los testimonios se hallen viciados y corrompidos , no por la perfidia , sino por la inespriencia é incapacidad de las personas de que dimanar.

Esto es lo que hay que decir acerca del arte de juzgar un testigo, si este testigo estuviese siempre solo ; pero á menudo y tal vez las mas veces los testigos son mas de uno, y en este caso ¿qué debe hacerse para reconocer como saben y dicen la verdad?

Dos cosas deben necesariamente presentarse : ó los testimonios están acordes entre sí, ó están desacordes.

Si están acordes, deben indagarse los motivos de esta armonía, y si esta se funda sobre la verdad que todos pueden y quieren declarar, nada hay mas imponente que su comun autoridad , especialmente si son numerosos y por consiguiente discrepan por otra parte en tendencias, pasiones, caracter y lenguaje, pues para quedar unánimes, á pesar de estas causas de division, deben ser veraces tanto en pensamiento como en palabra, y no estarian de acuerdo si no fuesen sinceros ó se engañasen.

Pero si este acuerdo procediese de deslealtad ó ignorancia, esto es, si por interés, partido ó secta se hubieren entendido para negar ó alterar los hechos ó si por falta de instruccion, ó de sagacidad, aceptasen equivocadamente un tema arreglado de antemano que interpretasen pasivamente, en este caso, no tiene duda que no mereceria estimacion alguna su vicioso consentimiento.

Por otra parte no es difícil descubrir la impostura, cuando esta se ha concertado entre un gran número de testigos, y que estos se cotejan y examinan cuidadosamente : los desacuerdos, las contradicciones que descubren hábiles racionios, urgentes interrogatorios, la apelacion á la probidad de los seducidos, y á la sensatez y prudencia de los culpables ; no tardarán en mostrar lo falso y malicioso de su unanimidad aparente, y pronto no queda de su supuesta armonía , mas que discursos contradictorios y recíproco desmentirse.

Cuando hay escasez de luces, es aun mas facil sorprender un secreto que no sostienen la astucia y duplicidad. Desde el momento que se trata con perso-



nas de pocos alcances pero honradas y sinceras, poco cuesta penetrar en lo íntimo de su conciencia, y averiguar las causas de su decepcion comun. No se consigue siempre desengañarlas, y á veces se emplean en vano la razon y elocuencia; pero, á lo menos nos llegamos á convencer que se engañan, y si no se logra convencerlas, se cesa á lo menos de creerlas; logrando desengañarse, si bien no se puede sacarlas de error.

Si en lugar de estar de acuerdo se dividen los testigos, el caso ya no es el mismo, y hay que hacer otras aplicaciones de las reglas trazadas anteriormente para apreciar los testimonios.

El desacuerdo puede consistir en una ligera diferencia, ó en una separacion mas pronunciada, ó en fin en una contradiccion completa.

Cuando la diferencia es ligera, es casi lo mismo que si estuviesen de acuerdo, y por consiguiente se deberá examinar bajo este punto de vista, advirtiendo solamente que deberá presidir un examen severo, porque por mas debil que parezca no deja de ser un principio de contradiccion.

La cuestion cambia de aspecto cuando hay una separacion mas pronunciada ó una completa contradiccion. En este caso es necesario emplear otros procederes.

Para fallar entre testimonios desacordes, nada hay mejor que una discrepancia absoluta. En este caso, se sabe ó lo menos que el error á la mentira no flotan entre ambas partes, sino que absolutamente se hallan de un lado, así como en el otro la fidelidad, veracidad y verdad. No hay que indagar

hasta qué puntos ambos partidos engañan ó se engañan; no hay mas que decidir cual de ellos yerra ó engaña, y por consiguiente cual de ellos ni yerra ni engaña. Para decidir entre ambos debe atenderse á los signos pronunciados, y directamente opuestos, que los distinguen: por un lado un language prudente y honrado, caracter apreciable, nobles sentimientos y acciones beneméritas declaran testigos dignos de crédito; por otro, al contrario las diversas muestras de ignorancia y preocupacion, ó de astucia y mentira declaran testigos indignos de crédito.

No obstante las mas veces, los testigos no se presentan tan francamente delineados, los mejores tienen sus defectos y los peores sus calidades, habiendo entre estos y aquellos un gran número de gradaciones del cual es muy difícil formar concepto, tan mezclados hallanse el error y la verdad y tan difícil es á veces diferenciar la franqueza y la impostura. Pronunciar en este caso no es tan fácil como cuando las opiniones son enteramente opuestas, y no hay mas que fallar entre el pro y el contra, entre el sí y el no; y la cuestion se vuelve tan enredada y espinosa que á veces es imposible resolverla de un modo satisfactorio, pues se trata de penetrar y comprender conciencias que no estan bien descifradas, que pueden tener poder y tal vez voluntad de ver y de decir la verdad, pero que tambien son susceptibles de errar ó de engañarnos; que lo son mas ó menos y diversamente; que, dignas de crédito en tal ó tal punto, no lo son ó lo son menos en tal ó tal otro. Al mismo tiempo hay que estudiarlas en todos sus



grados de credibilidad, para determinar en qué cantidad (y esta cantidad es completamente moral, y no susceptible de traducirse en cifras) reúnen en sí los elementos de crédito ó de descrédito; hay por último que hacer todo esto con diversas personas, que además se asemejan poco en el modo de asegurar y necesitan ser apreciadas individualmente con un arte particular. ¡Qué tacto á la vez y qué solidez de juicio se necesita para tal examen! ¡Qué sagacidad, qué justicia, qué penetracion y qué imparcialidad, qué esperiencia de hombres y de cosas! Nada es comparativamente tener que discutir afirmaciones no dudosas, y en las que todo es decididamente legítimo ó ilegítimo: en cada testimonio hay una combinacion tan complexa de buena y mala voluntad y de capacidad é incapacidad; todo se confunde de tal modo, las ideas exactas con las inexactas, las palabras sinceras con las que no lo son, que el mas delicado análisis, ayudado de la mas escrupulosa equidad, no consigue siempre distinguir lo falso de lo verdadero, y llevar un fallo preciso y seguro.

Mas difícil es aun cuando los testimonios en lugar de ceñirse á un asunto limitado abrazan un vasto conjunto, y se estienden á hechos tan numerosos como diversos, en cuyo caso, sin duda alguna, es mas difícil apreciar con precision, y por medio del cotejo recíproco toda esta larga serie de aserciones en las cuales en alguna suerte se suceden y neutralizan la ignorancia y la ciencia, la ilusion y las luces, la fidelidad é infidelidad. Todo lo que en cada una de ellas hay que observar, notar y criticar, abruma el entendimiento y no basta la paciencia mas te-

naz, la sagacidad mas viva, la mas imperturbable sangre fria, y la razon mas esperta para desenredarlo todo y escapar á la duda procedente de tantas esplicaciones diversas, complicadas y contestables.

A todo lo cual se agrega que en muchas circunstancias, el error es tan sutil y plausible que no bastan para evitarlo las mejores disposiciones y el mas minucioso examen.

De todo lo cual resulta que no siempre es facil saber si debemos prestar crédito, y hasta qué punto debemos prestar crédito á testigos numerosos, y que ofrecen entre sí tenues desacuerdos mas bien que completa oposicion.

Quédanos por examinar otra circunstancia en el testimonio humano, y mostrar como debe ser apreciado.

Numeroso ó no, el testimonio no es siempre directo é inmediato, lo es tambien indirecto, mediato, tradicional; esto es, que no procede de testigos oculares, sino de la simple repeticion y trasmision de una afirmacion; es el eco de un testigo, es el testimonio del testimonio.

¿Cuales son las reglas bajo las cuales deberá juzgarse? Las mismas que se aplican al testimonio, teniendo no obstante en consideracion que en este caso se trata de un relator y no de un espectador.

Si bien de un simple relator no puede exigirse que haya bien visto las cosas, que las cuente tal como las ha visto, si bien nada puede exigírsele tocante á estas mismas cosas, pues que no pudo adquirir ningun conocimiento personalmente, puede-



se no obstante requerir de él que antes de entablar su narracion, la someta á una crítica severa y concienzuda, esto es, que se asegure que fué hecho por un testigo sincero y esclarecido; y que despues de haberla aceptado, no la altere y falsifique en manera alguna. Si ha podido, si ha querido, con todas las condiciones de una voluntad y capacidad á toda prueba, reconocer la buena fe y las luces del testigo de quien se ha constituido órgano é intérprete; si ha podido, si ha querido ser su intérprete fiel, si en fin es el testigo inteligente y leal de un testigo que él mismo repufa inteligente y leal; entonces, sin duda alguna, merece confianza, y su palabra vale la palabra del que afirma directamente. Y lo mismo sucederá con el testigo que le siga, y así sucesivamente hasta el último con tal que esté demostrado que todos han tenido las condiciones necesarias para verificar y transmitir sin alteracion alguna la tradicion de que se han constituido órgano y vehículo.

Solo hay que advertir que esta demostracion es siempre muy difícil, y á veces imposible, especialmente á medida que los testigos se alejan del testigo primitivo, y aun mas especialmente cuando á esta circunstancia se añade la pluralidad y desacuerdo de los testigos tanto primitivos como secundarios.

De cualquiera manera que sea, cuando está probado que el que afirma y habla por otro ha sido capaz de juzgarlo, y despues de haberlo reconocido digno de estimacion y de fe, capaz de repetir con fidelidad sus palabras, ó á lo menos el sentido que

contienen, no hay motivo alguno para negarle confianza, ni se podria razonablemente disputarle la verdad que certifica, bajo el pretesto que no lo ha recibido directamente y del primer origen. ¿Qué importa que un depósito haya pasado por muchas manos, si estas han sido íntegras y fieles, y si ha sido respetado y transmitido religiosamente? No hay duda que siempre es preferible tratar con un testigo ocular, porque, en lugar de apreciarlo por medio de un tercero, se aprecia directamente, y porque, si hay motivo para temer sus errores personales, no hay que temer á la vez los suyos y los de otro; pero de que este medio de creencia sea el mejor y mas seguro no hay que concluir que sea el solo, y que no haya otros admisibles; los hay en efecto, y cuando bien empleados son mas fecundos y mas ricos en resultados importantes. Efectivamente la historia se debe especialmente á los testigos indirectos, y seguramente seria ridículo negar la historia porque siendo indirectos son mas difíciles de apreciar los testigos que nos la aseguran.

No trataríamos completamente este asunto si despues de haberlo examinado el testimonio en sí mismo, no lo considerásemos en la diversidad de expresiones que reviste.

Estas expresiones son la voz, y todo lo que la acompaña, los monumentos y los caracteres ó signos.

La voz, la viva voz, sobre todo si la sostienen el gesto, la actitud y el juego de la fisonomía, es sin duda alguna la forma mas propia para espresar la conviccion y emocion de la certificacion de un testi-